

¿Dónde están las lesbianas en Gonnet? ¿No existen?

La trayectoria escolar de mi vergüenza.

Rodriguez Ponisio Jesica, Instituto Superior de Educación Física – CENUR Noreste,
Universidad de la República, jrp.87@hotmail.com

Resumen

A partir del seminario “Transformaciones contemporáneas de la intimidad, afectos y géneros en espacios educativos” dictado por el Dr. Rafael Blanco, de mis primeros contactos con algunas de las lecturas del llamado “giro afectivo”, vuelvo a revisar preguntas, que recuerdo, me hago desde la infancia y que con ellas se vincula mi interés por investigar, leer, pensar, proponer sobre géneros y sexualidades en relación con la educación en general y con la Educación Física en particular.

Tomo la vergüenza como afecto a analizar y a modo de ensayo recuperar mi experiencia biográfica para luego pensar y analizar el propio trabajo de campo de la investigación de la tesis de maestría que estaré realizando con docentes de la Licenciatura en Educación Física en la ciudad de Rivera, Uruguay.

Para esto retomo escenas en las que sentí vergüenza en ámbitos educativos y de las cuales elaboré relatos.

Palabras claves: géneros, sexualidades, Educación Física, giro afectivo.

La trayectoria escolar de mi vergüenza.

A partir de este seminario, vuelvo a revisar preguntas, que recuerdo, me hago desde la infancia y que con ellas se vincula mi interés por investigar, leer, pensar, proponer sobre géneros y sexualidades en relación con la educación en general y con la Educación Física (EF) en particular.

Las preguntas son: ¿por qué si quiero jugar al fútbol en el club de mi barrio me dejan entrenar pero no puedo jugar los partidos? Si yo juego con mi papá, ¿por qué en la escuela algunos chicos más grandes me dicen Enzo (haciendo referencia al ex futbolista uruguayo Enzo Francescoli)?, ¿me gustan las nenas? ¿Soy la única en el mundo que siente esto? ¿Aunque me gusten las mujeres me tendré que casar con un varón? ¿Para gustarle a las nenas tengo q ser un varón? No me gusta jugar a las muñecas, odio ponerme vestidos, no me gusta cocinar, me

gusta jugar a los aventureros. ¿Por qué si tengo calor ahora que tengo 8 años me da vergüenza sacarme la remera?

En éstas aparece la vergüenza, emoción que hasta ahora no había tenido presente como objeto de indagación o como dimensión a analizar, pensando las emociones y los afectos como prácticas sociales y culturales en las prácticas de enseñanza de lxs docentes en la formación de EF.

En este trabajo tomaré la vergüenza como afecto a analizar porque es algo que identifico y estuvo muy presente en mi trayectoria en los centros educativos. Me pregunto entonces, ¿cómo trabaja la vergüenza para moldear los cuerpos individuales y colectivos? ¿Qué normas o regulaciones sociales estaba transgrediendo o tensionando que me hacían sentir vergüenza? ¿Qué marcaciones o modulaciones reconozco en mi cuerpo y en mis experiencias? ¿Qué sucede con la vergüenza en los centros educativos? ¿Cómo aparecen regulaciones en cuanto a los géneros y sexualidades en las instituciones educativas?

Propongo a modo de ensayo recuperar mi experiencia biográfica para luego pensar y analizar el propio trabajo de campo con docentes de la Licenciatura en Educación Física en la ciudad de Rivera, Uruguay. Parafraseando a bell hooks, esta será una forma de entrar en la investigación “entera” y no descorporizada, desgenerizada, sin historia, desvergonzada, y sin ser torta.

Como plantea Giancarlo Cornejo (2011):

No se puede dar cuenta de uno mismo sin dar cuenta de otros y de las normas que preexisten a ese ‘uno’. ¿Por qué concluir entonces este intento de dar cuenta de mí mismo con la vergüenza? Porque todo intento de dar cuenta de uno mismo implica reconocer nuestra constitutiva vulnerabilidad. Reconocer esa constitutiva vulnerabilidad implica abrazar la vergüenza. Y este abrazo lejos de aislarnos, nos retorna a nuestras irreductibles dependencia a otros. (p. 91)

Para esto retomo escenas en las que sentí vergüenza en ámbitos educativos y de las cuales elaboré relatos.

Comienzo este ejercicio mirando una foto mía de niña que puse al lado de la computadora para que me vaya “soplando” recuerdos, escenas, emociones.

Es una foto en la que estoy trepada a un juego de plaza, sonriendo, con una remera rosa y una calza corta (claramente la ropa me la elegía mi madre), detrás está escrito el año 1991, tenía 4 años, creo que recuerdo esa tarde o el recuerdo es de alguna otra tarde que pasábamos en el camping al lado del río, donde trabajaba mi abuelo y pasábamos los domingos allí con mi familia. No puedo evitar sentir felicidad, sonreírme, al mirar esa foto. Recordarme como una

niña a la que le gustaba treparse en los juegos de plaza, en los árboles, jugar al fútbol, jugar con autitos, muñequitos y bolitas. Todos esos juegos que me daban alegría, solían generar vergüenza en el ámbito educativo.

Vergüenza cuando me empezaron a crecer los senos.

Si mal no recuerdo estaba como en quinto grado, ese año “me hice señorita”, algo que no entendía completamente, no entendía por qué me felicitaban, y que implicaba que me “había desarrollado”, para mí no era para nada divertido, era incómodo, me daba vergüenza que la gente se pudiera enterar y además de eso comenzaron algunos cambios en mi cuerpo con los que no estaba contenta, me comenzaban a crecer los senos. Era una de las primeras de mi curso, por lo que me daba más vergüenza, recuerdo comentarios de algunas compañeras que estaban tristes o preocupadas porque a ellas no les crecían y yo pensaba ¿por qué a mí sí? En esa época ya me gustaba una compañera (en el sentido de atracción física) y en ese no entender, ni tener palabra para nombrar que a mí me gustaba una nena, también pensaba que para gustarle tenía que ser como un varón, y la verdad que me crecieran los senos no colaboraba con eso.

En esa incertidumbre e ir aprendiendo que tenía que usar corpiño, que también me incomodaba y me daba vergüenza que mi mamá me dijera que me iba a comprar, al principio no usaba y me incomodaba, pero sobre todo lo que más me molestaba era el movimiento de mis senos en mis clases de Educación Física, ¡qué vergüenza!, que molesto. A partir de todo eso fue que empecé a tener una postura un poco encorvada de mi espalda, como queriendo ocultarlas, pensando que no se veían.

La misma naturaleza física de la vergüenza –cómo funciona en y a través de los cuerpos- significa que también involucra la de-formación y re-formación de espacios corporales y sociales, en la medida en que los cuerpos “dan la espalda” a los otros que son testigos de la vergüenza. (Ahmed, 2015, p. 165).

Ese dar la espalda era metafórico y real en mí.

Al pensar en esta escena lo que logro retomar es que lo que me avergonzaba era un cambio corporal que me alejaba del cuerpo considerado socialmente masculino o neutro que pensaba que debía tener para poder gustarle a quien me gustaba. La marcación de la vergüenza era en mi cuerpo, en generar una postura encorvada.

Vergüenza de que me llamen Enzo.

Siempre me gustó jugar al fútbol, desde que recuerdo juego con mi papá y con amigos del barrio, esto quizá ahora es más visto, pero a mediados de los años 90 no era algo tan habitual, yo no veía otras nenas ni en mi escuela, ni en mi barrio, ni en la televisión.

Jugaba en los recreos con los nenes y en los cumpleaños de mis compañerxs de escuela donde los varones siempre jugaban y yo también. Recuerdo alguna de esas veces en las que las nenas venían a pedir para jugar y ellos les respondían, las nenas no pueden jugar. ¿Y por qué ella puede?, preguntaban mis compañeras enojadas, porque ella sabe jugar. En ese momento me sentía orgullosa de que los varones dijeran eso, ahora con 35 años, otras experiencias y una militancia feminista, quizá hubiera sido diferente irme a jugar con ellas o poder negociar un espacio con los varones para que juguemos entre todxs. Pero esa niña que no se sentía pertenecer al grupo de ellas, estaba muy contenta de sí pertenecer al de ellos.

Cuando estaba en quinto o sexto de escuela, había comenzado a ir al turno de la mañana porque así se organizaba la escuela y ahora compartíamos recreos con niñxs más grandes. En uno de esos recreos yo estaba jugando al fútbol como era habitual y un niño de unos años más grandes¹ me dijo Enzo y los que estaban con él se empezaron a reír. Sentí mucha vergüenza, no recuerdo si en ese momento supe que me lo decían por Enzo Francescoli, pero me dio vergüenza que me nombraron con un nombre de varón y se rieran porque estaba jugando al fútbol, algo que hasta ese momento no generaba en mí ningún conflicto. Ahí comencé a tener vergüenza de jugar. Luego de muchos años entendí lo que significaba jugar un deporte meramente masculino en esa época y en ese contexto, realizar una práctica que me posicionaba en otro lado, no en el de las niñas bien comportadas, débiles, pulcras, suaves y delicadas, que le gustan a los varones. Las normas que marcan las performances de género que establecen que prácticas debo realizar por ser mujer, cómo debo moverme, cuánta fuerza puedo utilizar, que espacio físico debo ocupar en los recreos y una lista interminable.

Vergüenza en la universidad para decir que soy lesbiana.

Comencé la Universidad en el año 2006, el profesorado en Educación Física. Ese mismo año le conté a mi madre que soy lesbiana. Luego de habérselo contado sentí un gran alivio de poder ser visible y orgullosamente lesbiana. Esto no fue tan sencillo ni pacífico, pero no es el punto de este relato. Al poco tiempo tuve mi primera novia, hice nuevxs amigxs, comencé a tener vínculo con la política universitaria, a conocer otras realidades de gente que venía de

¹ Cursé en Argentina el formato de E.G.B y Polimodal, por lo que en la mañana al mismo edificio asistíamos niñxs de quinto a noveno año.

otras ciudades. Todo era nuevo y me gustaba. Lo que seguía costándome era decir abiertamente que era lesbiana, no era un tema que se hablaba tanto, no había profesoras que se autoidentificaban como lesbianas, aunque sí existían, tampoco compañeras aunque también estaban, siempre tenía el problema de contarle a mis amigos más cercanos por vergüenza, me daba vergüenza que lo supieran, tenía el temor de que no lo tomaran bien, tenía cierto prejuicio con pensarme docente y lesbiana. En la formación no se trabajaban estos temas de géneros y sexualidades ni siquiera superficialmente, hasta que en quinto año, el último, que se daba un seminario optativo “Cuerpo y subjetividad – aportes teóricos de los estudios de género”, me llamó la atención y me anoté. En ese año ya no tenía conflictos con decir que soy lesbiana, ser visible, todos mis vínculos ya lo sabían, toda mi familia también y estaba todo bien. Pero haber cursado ese seminario me dio aportes y me abrió un mundo teórico que desconocía por completo. Ahí encontré varias respuestas y más preguntas sobre mi propia identidad y la relación con mi profesión, fue la base para que luego siguiera estudiando la temática.

Esta experiencia sin dudas marcó mi sociabilidad, ese mantener en secreto o no contar parte de mi vida, esas prácticas discrecionales que conocemos quienes no somos heterosexuales.

Lo que yo reclamaba de todas mis docentes a lo largo de mi formación y de mis compañeras en la facultad era la posibilidad de ser lesbianas visibles, de no sentir que yo era la única, de no pensar que no era “nombrable” o que no era posible su existencia. Como traen Berland y Warner (2002), decirlo, visibilizarlo: “Significa defender formas de vida afectiva, erótica y personal que son públicas en el sentido de que son accesibles, que están ahí para ser recordadas y que se mantienen gracias a la actividad colectiva”. (p. 248).

A través de mis relatos y los análisis que fui haciendo a partir de la bibliografía, lo que identifiqué relacionado con la vergüenza que sentí, tienen relación con no seguir la heteronormatividad, esa que adquiere diferentes formas: puede ser a partir de la invisibilización de la posibilidad de la existencia lésbica, a partir de prácticas corporales, a partir de performances de género. Este sentir vergüenza por no cumplir con la norma sexo genérica, en palabras de Ahmed es el costo afectivo de no seguir los guiones de la existencia normativa.

Tomando las palabras de Blanco (2014) que refiere al espacio universitario, pero atreviéndome a llevarlas a los espacios educativos en mi experiencia biográfica, cito: “(...) es el hecho de sentir vergüenza una de las principales modalidades de regulación de las expresiones, prácticas e identidades de género y sexualidad, lo que explica –por caso- los silencios, la discreción y la autocensura (...)”. (p. 135)

Me pregunto, ¿ha cambiado por lo que se siente vergüenza en las instituciones educativas?
Las personas que no cumplen con la heteronormatividad, ¿tienen experiencias similares?
¿Cómo gestionan la vergüenza?

Referencias

- Ahmed, S. (2015). Vergüenza ante los otros, en *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: UNAM-PUEG.
- Berland, L. y Warner, M. (2002). Sexo en público, en Mérida Jiménez, R (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.
- Blanco, R. (2014). Introducción y El consorcio y la gran ciudad. Los usos de la información biográfica en instituciones íntimas y anónimas, en *Universidad íntima y sexualidades públicas. La gestión de la identidad en la experiencia estudiantil*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Cornejo Salinas, G. (2011). La guerra declarada contra el niño afeminado: una autoetnografía 'queer'. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, N° 39.
- Hooks, B. (2016). Eros, erotismo y proceso pedagógico en AAVV, *Pedagogías transgresoras*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones (Traducción de Deborah Britzman).